

CUARTO TEMA DE FORMACIÓN A LOS NOVICIOS SEGLARES DE JESÚS OBRERO

4º ARTE Y BELLEZA EN LA ORDEN

“La tarea que ha de llevar a cabo el arte es hoy una de las más importantes, la de mostrar a los hombres la belleza de Dios, uniéndola a la belleza de las cosas. No lo realiza con palabras sino con colores, pinceles, piedras, trazos, planos etc. Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza”. La belleza “es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca el egoísmo”.

Estas hermosas consideraciones son de Benedicto XVI en la inauguración del templo de la Sagrada Familia de Barcelona en Noviembre de 2010. El Pontífice dedicó casi toda su intervención a subrayar la importancia de esta síntesis de estética y fe como una de las tareas más importantes del pensamiento cristiano actual. Al construir este Templo se realiza “una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza”, afirmó el Papa. De este modo, Gaudí “colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo”.

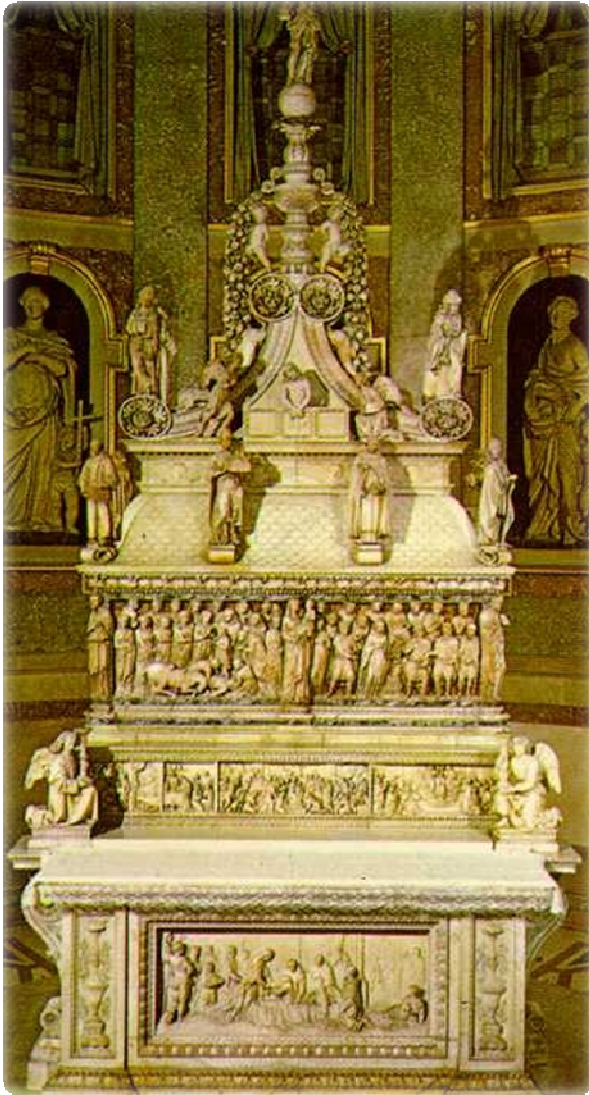
La belleza no es patrimonio del paganismo o del simple humanismo; juntamente con la bondad es uno de los atributos del ser que más nos unen a Dios. Lo cristiano no está reñido con lo bello sino que es en el cristianismo donde se encuentra la máxima densidad de contenidos, de bondad y de belleza. Ni Santo Domingo ni San Francisco se ocuparon demasiado de los temas artísticos. Deseaban, más bien, que tanto en los edificios como en el ajuar y en las decoraciones brillase la máxima pobreza. Santo Domingo no dejó terminar el convento de Bolonia en cuyas celdas apenas cabía a lo alto un fraile de mediana estatura. Fray Rodolfo, el síndico, en atención a los frailes que venían del norte más robustos y erguidos quiso levantar la altura de los pisos y hubo que esperar a que muriera el santo para poder hacerlo.

La Orden, sin embargo, desacralizó pronto el tema de la pobreza y se adaptó a los signos de los tiempos. En aquel momento surgía con pujanza y belleza el estilo gótico y los frailes dominicos se identificaron pronto con sus creaciones, tanto en la línea arquitectónica como figurativa. Cuando era novicio le oía al maestro decir que el estilo gótico, contemporáneo de los dominicos, era el que mejor nos definía. El alma dominicana no es románica sino gótica. La verdad es que yo no entendía bien el entusiasmo de mi maestro al decirlo. El románico, oscuro, íntimo y recoleto era cosa de monjes; los frailes destinados a predicar en las ciudades debían buscar la transparencia y diafanidad.

En efecto, en el gótico se busca la luz, la altura, la trascendencia. Su creación más peculiar ya no es el monasterio como en el románico, sino la catedral; ya no es un edificio para monjes, sino un templo para las grandes masas burguesas que empezaban a colmar las ciudades y donde había que predicar la Palabra de Dios. El gótico no es recoleto, intimista y solipsista, como le gustaba al monje y a la época del románico, sino luminoso y trascendente. Construye edificios esbeltos en los que parece que la piedra y la armonía se aúpan para alcanzar el cielo. Hay horror a lo macizo y oscuro. Los muros, como en la catedral de León, no sirven para soportar el peso del edificio, solo sirven de cerramiento, y por eso prolifera en ellos una sinfonía de ventanales, vitrales y colores, muy lejos de la simple saetera románica. Igualmente, las columnas, gracias al soporte externo, pierden materia, se estiran y terminan en los arcos apuntados de las bóvedas, que nos señalan el camino del cielo.

En las artes figurativas todo se humaniza también. Hay una sensibilidad nueva que se aleja del hieratismo y la rigidez. Una imagen románica es bella para nosotros, pero para la generación gótica era insoportable. Fue un cambio radical y en poco tiempo. Por eso los góticos acabaron con muchas creaciones que hoy serían deliciosas. Es la lucha de las generaciones que empuja al cambio y al progreso. Los góticos necesitaban humanizar el arte. Es patente también su interés por lo natural y la naturaleza. Nacen los belenes, los villancicos, el niño Jesús en el centro del misterio. Sus figuras son humanas, con movimiento y ternura. En la cruz hay un hombre que sufre; no se crucifica a Dios sino a la naturaleza humana de Jesús. La Virgen mira al niño, se vuelve hacia él y le sonríe con infinito cariño.

Dentro de la inmensa proliferación artística en la que la Orden se ha dilatado y expandido a lo largo de los siglos, vamos a tomar como punto de referencia y a centrarnos en la ciudad de Florencia. Allí floreció el máximo representante que tenemos del arte pictórico, el Beato Angélico, y por eso vamos a estudiar un poco su entorno. Florencia conoció su



Sepulcro de Santo Domingo en Bolonia

época de mayor esplendor tras la instauración del Gran Ducado de Toscana bajo el dominio de la dinastía Médici. Es una ciudad museo y famosa por mil razones. Es el núcleo urbano en el que se originó en la segunda mitad del siglo XIV el movimiento artístico denominado Renacimiento, y es considerada una de las cunas mundiales del arte y de la arquitectura. Su centro histórico fue declarado Patrimonio de la Humanidad en 1982, y en él destacan obras medievales y renacentistas como la catedral, la cúpula de Santa María del Fiore, el Ponte Vecchio, la Basílica de Santa Cruz, el Palazzo Vecchio y museos como los Uffizi, el Bargello o la Galería de la Academia, que acoge al David de Miguel Ángel.

Nosotros, sin embargo, dejando a un lado tanta riqueza nos vamos a fijar sólo en los tesoros dominicanos que existen en Florencia.

Viajando de Bolonia a Roma y viceversa se pasa por Florencia que está a unos 90 kilómetros de Bolonia y 267 de Roma. Santo Domingo estuvo varias veces en Florencia, siempre de paso entre Roma y Bolonia. Ya en su tiempo se fundó el primer convento de dominicos llamado Santa María la Novella. Evidentemente, Santo Domingo sólo conoció el sitio. Era un antiguo oratorio llamado de Santa María de las Viñas que el capítulo catedralicio concedió a los dominicos en 1221. Ahí vivieron los primeros frailes. En el mismo siglo XIII, poco después de la muerte de Santo Domingo, ya fue todo ampliamente remodelado. Si el Santo, tan amante de la pobreza, lo ve tan rico como lo han dejado los siglos se muere de pena.

Este convento, como tantos otros, a lo largo del tiempo fue perdiendo fuerza y debilitándose la observancia y el espíritu religioso, debido, entre otras causas, a las pestes que en el siglo XIV, cien años después de Domingo, diezaban las comunidades. En la terrible peste de 1348, el convento florentino de Santa María la Novella vio morir en cuatro meses a setenta frailes. El pesimismo ante tales azotes, así eran considerados, desanimaba a los frailes.

Santa Catalina de Siena, contemporánea de estas pestes y decaimientos, luchó con todas sus fuerzas contra este desánimo que daba la impresión de que iba a terminar con la Orden. Su gran carisma en edad tan juvenil llamó mucho la atención. Como terciaria dominica, fue llamada al Capítulo General de Florencia en 1374 a fin de dar cuenta de sus actos pero, lejos de enjuiciarla, el Capítulo la confirmó y protegió, poniendo a su lado un “asistente” o “consejero” muy cualificado: Fray Raimundo de Capua, Lector de Teología. Ambos entraron en intimidad con muchísima rapidez y se unieron con una simbiosis espiritual notable, que en Raimundo fructificará en su periodo como Maestro de la Orden, iniciando una profunda reforma de la vida conventual junto con Conrado de Prusia en Alemania, Juan Domínici en Italia y Álvaro de Córdoba en España.



Juan Domínici, como decimos, fue el reformador de la Orden en Italia. Es uno de esos casos en que se ve a las claras la obra del Espíritu Santo. Cuando se presentó de jovencito al prior de Santa María Novella pidiéndole el hábito, éste le espetó: “Ignorante y tartamudo. No son éstas, padre prior, las mejores cualidades para un dominico”. Ese Prior tan poco delicado le rechazó e hizo sufrir a sus padres Paula y Domingo que lamentaron su pobreza. Desanimaban al chiquillo de intentar cualquier otra aspiración por la escasez de sus medios económicos. Sin embargo el problema no estaba ahí sino en que verdaderamente era tartamudo y torpe y no causaba nada buena impresión. El joven, sin embargo, volvió a insistir y el Prior, ya más condescendiente, le admitió. Lo que no pudo evitar fue que sus compañeros de noviciado se rieran de él.

El estudio, tan sagrado en la Orden de Predicadores, constituyó su pasión ya que a pesar de sus defectos era muy inteligente. La fatiga del estudio busca compensaciones. Fray Juan es artista. Y llenará los libros corales con sus delicadas y sugestivas miniaturas. Así comenzó su predicación. El dibujo cariñoso y sugerente de la vida de Cristo y sus milagros orientaba la salmodia hacia la meditación. Esta preocupación por el arte al servicio de Dios le acompañará más tarde a los conventos que visite y funde.

Esta nota artística del gran reformador tiene gran trascendencia porque fue fecunda. De su estela nacieron una pléyade de pintores y artistas dominicos en la Florencia del siglo XV, como veremos. En este momento una idea le obsesiona: la restauración de los conventos. La terrible peste de 1348 y los cinco años siguientes arrasó los monasterios. Santa María-Novella sufrió demasiado por esa causa. Los supervivientes se retraían y se sentían incapaces del rigor primitivo. Juan Dominici predicaba. Los jóvenes eran su presa. Necesitaba muchachos generosos y decididos, y los tuvo en gran número después de su predicación. Con la

ordenación sacerdotal el amor a las almas culmina en un anhelo impetuoso por la predicación. Sólo una pena ensombrece el gozo de su vida. Su lengua sigue torpe y ridícula. Estando en Siena le invadió la tristeza. Se sintió inútil. Lloró. Las lágrimas dieron transparencia a su mirada y aquella noche se arrodilló ante una imagen de Santa Catalina. Y le pidió un milagro. Se lo exigió por amor de Dios y el prodigio se realizó. Su lengua se torna ágil y expedita. Florencia girará en torno de este



extraordinario y súbito predicador. Su ciencia, su prodigiosa memoria, su pasión avasalladora y serena se conjugan en un decir limpio y cautivador. Predicará durante muchas Cuaresmas en Florencia. Habrá días que suba al púlpito cinco y seis veces.

Intentó la reforma de su propio convento Santa María Novella pero ahí no tuvo éxito y entonces decidió fundar otro convento en la misma Florencia pero no le fue nada fácil. De momento sólo pudo hacerlo en Fiésole que es como un barrio a pocos kilómetros de Florencia. A los pocos años, ayudado por los Medici pudo fundar el convento de San Marcos, ya en Florencia. Esta reforma quedó bendecida por varios grandes personajes, claves en la historia no sólo de la Orden sino de la ciudad de Florencia: San Antonino, que fue arzobispo de la ciudad, Fray Juan de Fiésole llamado Fra Angélico, sus discípulos Fray Bartolomeo de Florencia, Fray Giovanni Antonio Segliani y Fray Paolino de Pistoia. Finalmente, el

famoso Prior de San Marcos Jerónimo Savonarola que fue quemado en 1498, junto con otros dos compañeros dominicos, acusados de herejía y de predicar cosas nuevas, en la Piazza de la Signoría, delante de la Galleria degli Uffizi. Sus cenizas fueron arrojadas al río Arno.



Actualmente en Florencia se pueden visitar tres conventos aún vivos, es decir, habitados por frailes dominicos. No andan nada bien de vocaciones, pero hoy por hoy, se conserva aún la gran tradición de los siglos pasados. El primero es el de Santa María Novella, confiscado en

gran parte por el estado italiano pero en cuya enorme Iglesia aún se conserva el culto. En efecto, comenzando por la Iglesia hay que decir que es grandiosa. La Florencia de hace siglos seguro que cabía toda en ella. Hay una serie de obras de arte interesantes pero que tienen que ver poco con los dominicos aunque estén en su casa, por lo cual pienso que no nos interesan demasiado.

Además de la iglesia, el convento contiguo también creció desmesuradamente alrededor de dos grandes claustros: el Claustro verde y el claustro grande. En los dos siglos siguientes se convirtió en uno de los centros culturales y religiosos más importantes de Florencia y, en algunos momentos, de todo el occidente.

En el claustro verde se abre una gran sala que antiguamente era la sala capitular del convento, es decir, donde se reunían todos los frailes para deliberar y tratar sus asuntos. Allí se celebraban las reuniones capitulares, votaciones y otros muchos temas. En 1540, Doña Leonor, esposa del primero de la saga de los Médici, Cosme I, que era española, la trasformó en capilla para los españoles



presentes en la corte. Su vista es fastuosa. Los frescos se idearon como glorificación de la Orden de predicadores como defensora de la fe y de la ortodoxia cristiana. Además en las cuatro pechinas de la bóveda están representados el triunfo de Jesús sobre la muerte y otros temas escatológicos.

En la pared de la derecha se encuentra la grandiosa alegoría de la Iglesia militante en la que se visualiza la misión triunfante de la orden dominicana. Se ve cómo es defendida por perros de pelaje blanco y negro,



símbolo de los dominicos (Domini canes). Se ve a varios dominicos discutiendo con los herejes y a sus pies algunos perros de los dichos destrozando a los lobos del cisma y la herejía. En la pared izquierda se representa el

triunfo de Santo Tomás de Aquino como denodado defensor de la ortodoxia frente a las herejías y como doctor de la Iglesia, ya que con sus obras ha dado inmenso lustre a la Orden de los dominicos. Las dos imágenes siguientes son de la capilla de los españoles: en una se ven los perros “Domini canes”.

El segundo convento, aún vivo, aunque bastante deteriorado es el de Fiésole sobre el que vamos a hablar enseguida. El Tercer convento aun vivo es el de San Marcos. Confiscado en gran parte por el Estado italiano y convertido en museo de Fray Angélico y sus discípulos. Vamos a fijarnos en Fray Angélico, beato, cuya fiesta es de memoria obligatoria dentro de la Orden y se celebra el 18 de Febrero. Es el mejor pintor y el más ungido de todos los pintores dominicos.



FRAY ANGÉLICO

Fue bautizado con el nombre de Guido de Piero. Nació en el valle de Mugello, cerca del pueblo de Vichio, en la Toscana italiana. Tierra de grandes artistas y de monumentos arquitectónicos. El año que su madre lo dio a luz, 1400, es fecha clave en la historia del arte: nacimiento del Renacimiento florentino y aparición del Humanismo cultural. Desde muy joven siente la atracción hacia la creación artística. La documentación histórica sobre su formación humana, cultural y artística, es muy incierta. En torno a sus diecisiete años se enrola en un taller de miniaturas. Su nombre se encuentra inscrito en la *"Compañía de San Nicolás"*, dependiente de la iglesia del Carmen de Florencia, dirigido por el miniador Baptista.



Durante su aprendizaje artístico, siente la llamada a la vocación religiosa. Frecuenta el convento de los dominicos de Santa María Novella, posiblemente atraído por la fogosa predicación de Juan Domínici (1357-1419), futuro cardenal y beato. Fue el primer toque de gracia y roce con lo dominicano. Hacia el año 1420, de mano de su hermano Benedetto, ingresa en el recién inaugurado convento de Santo Domingo de Fiésole. Al ser aceptado para hacer la profesión religiosa en la Orden Dominicana, cambia el nombre de Guido por el de Fray

Juan de Santo Domingo de Fiésole, en recuerdo a Juan Domínici. Inicia su carrera intelectual y sacerdotal. Alterna la vida regular de observancia y el estudio de la teología escolástica, con su profesión de artista. Monta el taller y el estudio de arte. Algunos miembros de la comunidad dominicana de Fiésole, entre ellos su hermano, colaboran en equipo en sus primeros trabajos.

El Convento de Fiésole (1425-1438) participaba de la reforma de la vida religiosa, inspirada por Juan Domínici. En esa reforma trabajaba también el

primer prior de Fiésole, fray Antonino Pierozzi (1389-1459), futuro arzobispo de la ciudad de Florencia, y, posteriormente, santo. La Orden y toda Italia celebran la fiesta de San Antonino de Florencia, así es llamado el 10 de Mayo. Fray Juan, el joven artista dominicano, se siente arrastrado por la piedad y ciencia de su prior. Su vida toma la orientación definitiva, que marcaría con el sello de artista cristiano. Alterna las disciplinas teológicas, según la doctrina de santo Tomás de Aquino, con los primeros trabajos profesionales. Los programas iconográficos de su pintura se enriquecen con la nueva visión que la teología le inspira para enfocar los temas de la Historia de la Salvación, de los misterios de Cristo, de las escenas de María, del tratado de los Ángeles y del carisma singular de su padre y fundador, Santo Domingo de Guzmán. La ciencia teológica asimilada en la escuela tomista le arroja doctrinalmente y le dará consistencia a su magisterio teológico-artístico en el futuro. Esta preparación intelectual enfocará su profesión artística hacia la ***predicación iconográfica***.

Durante los años de teólogo joven -período Fiesolano- combinó su tiempo libre con encargos caseros para la iglesia del convento. Pintó las tablas de la Anunciación del Museo del Prado y la *Coronación de la Virgen* en el Museo del Louvre. Da cobertura, igualmente, al "*Scriptorium*" conventual, coloreando diseños con pan de oro, para decorar las miniaturas de los Libros Corales del convento, que se exhiben en el Museo de San Marcos de Florencia.



Entre los años 1427-1428 recibió la ordenación sacerdotal. A partir de este momento, fray Juan de Fiésole, se marca el objetivo preferencial de toda su vida: *servirse del arte pictórico, como humanista cristiano, para predicar con la espiritualidad de su inspiración creadora*. En la biografía de Jorge Vasari, escrita un siglo después de la muerte del artista dominico, comenta que: "era no menos excelente pintor y miniaturista que óptimo religioso"¹. Son los primeros pasos de una vida toda ella orientada a un magisterio nuevo, que rompe moldes, en cuanto que, siendo fraile predicador, no sólo lo proclamará *con la palabra*, sino, sobre todo, desde *el pulpito y cátedra de su taller*. En primer lugar, dirige su mensaje iconográfico a sus compañeros-frailes, y, a continuación, a sus contemporáneos humanistas.

Fecha trascendental en su vida artística es su incorporación a la recién iniciada comunidad dominicana en el convento de San Marcos de Florencia. Fray Angélico, jamás pudo soñar que aquella nueva andadura iba a suponer su consumación como artista. Años más tarde, el convento florentino se convertía en "Museo de San Marcos". Comenzaba el segundo período Florentino, una vez restaurado el convento, según planos del arquitecto Michelozzo (1396-1472). El mecenazgo generoso de Cosme y Lorenzo de Médicis contribuyó a la reedificación de la iglesia conventual, concedida por voluntad expresa del papa Eugenio IV. Fray Juan es destinado de Fiésole al nuevo convento, a finales de 1438. Su nuevo traslado no tiene otra finalidad sino la de dedicarse por entero a la decoración fresquista del Convento de San Marcos, que llevará a cabo entre 1439 y 1445, años que, nuevamente, le toca en suerte convivir con el nuevo prior, San Antonino.

¹ Cfr. Vasari G, Le Vite dei piu eccellenti pittorí. scultori e ar-chitetti. I Mamut (2ª ed., Roma 1993) 381.

A algún lector despistado le parecerá que estamos contando la historia de un pintor famoso que perteneció a la Orden de Predicadores. No es el caso. El que entre en las dependencias del antiguo convento de San Marcos, hoy Museo nacional, se dará cuenta, si está preparado para ello, que aquí hay algo más que un artista. Con ser bello el arte, lo más importante que sentirá es la unción. La unción añade al arte el toque del Espíritu Santo. Lo notas en el alma y el signo más claro es que podrías e, incluso, te dan ganas de ponerte a rezar delante de cualquier tabla o fresco. Es una predicación a nivel de kerigma que engendra la fe y la revive, una fe que el pintor vivía y se transmite al visitante de corazón abierto y sencillo. A más de una persona he



oído decir: “Si me dejaran estar ahí el tiempo que quisiera, solo, sin gente, me pasaría de pintura en pintura orando sin parar”.

Nada más pasar la puerta, después de pagar la entrada, accedes a un claustro en cuya pared de enfrente ves a santo Domingo adorando a Cristo abrazado a su cruz.

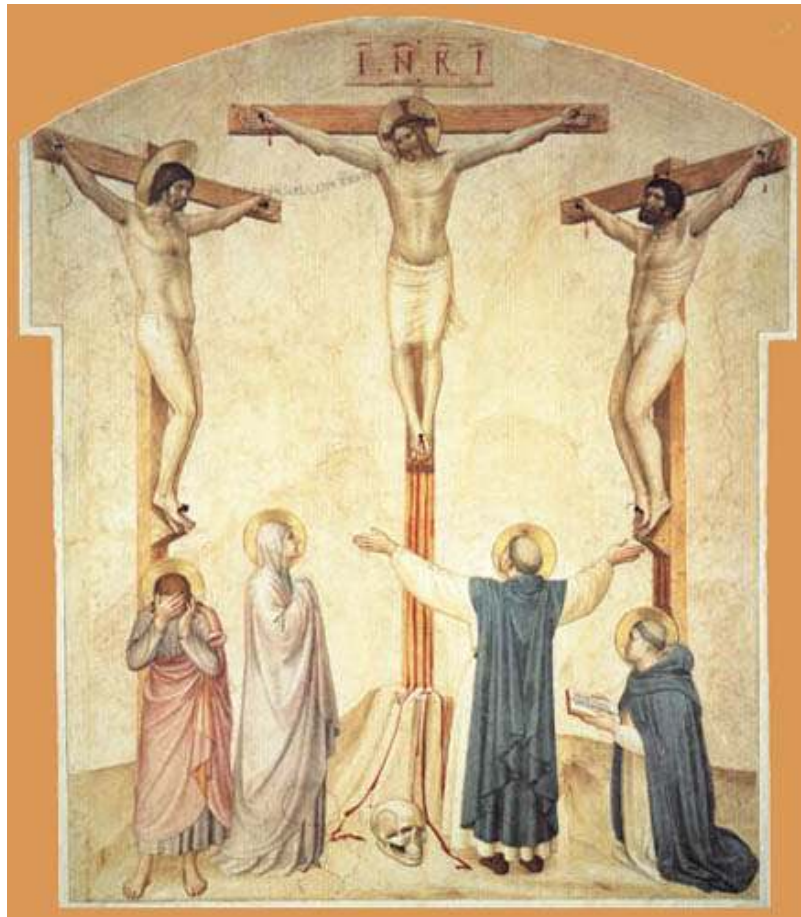


La asincronía de los cuadros de Fray Angélico es famosa, siempre a favor de la Orden dominicana. En el nacimiento, en la adoración de los magos, en la cruz, en cualquier otra escena de la vida del Señor suele hacer presente a algún dominico, sobre todo a Santo Domingo. Es una pintura escatológica que cruza los tiempos. Es como cuando decimos de

Cristo que es el que es, el que era, el que será, el que está llegando; como actúa fuera del tiempo le valen todas las formas del verbo. En el Espíritu no hay tiempo. La adoración de la cruz de Santo Domingo es tan real como si, según la cronología, hubiera estado presente en el Convento.

Como dijimos más arriba su nuevo traslado al convento de San Marcos desde Fiésole no tiene otra finalidad sino la de dedicarse por entero a la decoración fresquista del dicho convento, que llevará a cabo entre 1439 y 1445, años que, nuevamente, le toca en suerte convivir con el nuevo prior, San Antonino. Es casi seguro, como dice el P. Iturgáiz², que su traslado se deba a Fray Antonino también recientemente trasladado él. Ambos ya habían convivido y confraternizado en Fiésole. De hecho, la vieja amistad allí iniciada se reafirma y afianza en Florencia. Antonino, el futuro arzobispo, que será canonizado, aparte de ser un buen gobernante, destaca por su autoridad en teología moral. Con toda seguridad se puede uno arriesgar a afirmar que, la programación iconográfica del convento, le fue inspirada por el mismo Antonino, o más bien puede pensarse que fue planteada entre ambos. El magisterio resultante se iba a duplicar: a la doctrina teológica de los contenidos temáticos, se unía ahora la experiencia y rodaje artístico del súbdito. Fue un período fecundo. Lleva a feliz conclusión, Fray Juan, los célebres frescos del Claustro, Sala Capitular, Hospedería, Pasillos y Celdas conventuales. El Prior, confiando plenamente en fray Juan, le nombra, además, síndico del Convento. Jorge Vasari cuenta en las *Vidas* un apunte fraternal entre ambos. El papa de entonces, Eugenio IV, que había conocido en Florencia a Fray Juan, como fraile de vida santa, prudente y pacífico, estando vacante la sede episcopal de Florencia, pensó en nombrarle arzobispo, cargo que el artista lo declina a favor de su prior Antonino que "es amante de los pobres, doctísimo en el gobierno y de gran temor de Dios" (Ibid., 384).

² P. Domingo Iturgáiz, del folleto, *Beato Angélico. Patrono de los artistas plásticos*".



Es fácil decir que en estos años pintó el claustro, la sala capitular, la hospedería, pasillos y celdas conventuales, pero cualquiera que lo haya visitado detenidamente sabe del enorme trabajo y de los grandes espacios que decoró con su pincel. Fijémonos solamente en el dormitorio de los frailes que se conserva casi intacto. Imagínate que entras en la parte superior de un claustro en gran parte cubierto. Lo puedes recorrer en cuadrado, como se hace de ordinario. Ahora bien, en vez de dar a un jardín da a las treinta habitaciones de los frailes dispuestas en cuadrado doblemente cubiertas por el techo general y su propio techo y bien aisladas unas de otras para que el vecino no estorbe el estudio. Cada habitación tiene una ventanita que da al espacio central que recibe la luz del sol. Lo más importante es que cada una de las habitaciones está decorada con un fresco de Fray Angélico. Se encuentran motivos preciosos, pero está absolutamente prohibido sacar fotos. En la última vez que estuve saqué una, que es la que veis arriba, aunque se puso a sonar una sirena. En ella se ve la crucifixión y a san Juan horrorizado, la

Magdalena, Santo Domingo, orando en plan carismático, y a Santo Tomás con un libro.

Hay personas dotadas de una manera especial para transmitirnos la belleza de las cosas. La cuarta vía de Santo Tomás para probarnos la existencia de Dios procede de la siguiente manera: El mundo es bello y está pletórico de hermosura. Luego, si hay belleza en el mundo tiene que haber una suprema belleza que ha creado todo lo bello. La belleza de la creación está provisionalmente manchada por el pecado. Ahora bien, la redención ya se ha realizado y pronto será reciclada y brillará esplendorosa en la nueva creación. El artista sublima lo imperfecto para acercarnos a la fuente de toda belleza. Un artista que pinta desde el don como Fray Angélico entra en lo bello por el único camino que existe que es Jesucristo. Dice el Papa Benedicto XVI: “La tarea que ha de llevar a cabo el arte es hoy una de las más importantes, la de mostrar a los hombres la belleza de Dios, desde el encanto y primor de las cosas. No lo realiza con palabras sino con colores, pinceles, piedras, trazos, planos etc. Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de su paz y su esperanza”.



Podemos imaginarnos a Fray Angélico, hijo del don, que nunca pintaba sin haberse interiorizado con una profunda oración buscando la belleza en su interior. Giorgio Vasari, su biógrafo, dice que "nunca levantó el pincel sin decir una oración ni pintó el crucifijo sin que las lágrimas resbalaran por sus mejillas". La belleza, el bien y la esperanza son sentimientos profundamente humanos que ennoblecen la vida en este mundo. En Florencia, por aquellos días, estalló un movimiento cultural que llamaron "*Renacimiento*", con una marcada dimensión humanista, que hervía por todas sus calles. Los artistas florentinos pretendían dar un vuelco total a la concepción del arte; cambiar radicalmente los planteamientos artísticos vanguardistas, abrir nuevos horizontes con técnicas artísticas innovadoras. El protagonista de este movimiento es el "*Hombre*". El renacimiento humanista florentino quiere ser pauta y norma de la nueva orientación del arte en Italia y en Europa.

A Fray Angélico le gusta estar cerca de todo este hervor de novedad. Quiere estar presente en el movimiento renacentista pero desde fuera. Su vida de fraile observante templará su espíritu, para que su pintura cale más profundamente en aquel ambiente que huele a un "*Humanismo pagano*", cuyos pespuntos son excesivamente liberales, donde primaba el desnudo, la anatomía humana, la pintura sensual sin prejuicio ninguno. Fray Angélico no es un pintor del cuerpo sino del alma. Quiere predicar con el pincel, quiere llegar a los corazones para que descubran el grande y bello amor con que son amados gratuitamente por Dios. Sigue diciendo el Papa Benedicto XVI: "Una de las tareas más importantes hoy es superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza". Fray Angélico colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo.

Hasta aquí quería llegar en este tema del arte y la belleza en la Orden. La última vez que estuve en San Marcos, antes de salir, saboreaba un descubrimiento del que apenas tenía idea. El de otros dominicos que

convivieron con el Beato Angélico y fueron sus discípulos. ¡Qué comunidad de artistas! Es curioso cómo actuaba el carisma dominicano por aquella época. Mientras en Florencia brillaban, como hemos dicho, San Antonino, que fue arzobispo de la ciudad, Fray Angélico con sus discípulos: Fray Bartolomeo de Florencia, Fray Giovanni Antonio Segliani y Fray Paolino de Pistoia y el gran Savonarola, muy lejos de allí, en la isla Española, hoy Santo Domingo, resonaba el célebre sermón de Montesinos que convirtió al que sería el famoso Fray Bartolomé de las Casas, que juntamente con otro dominico Fray Francisco de Vitoria pusieron las bases del derecho internacional de gentes en defensa de los Indios y de todos los pobres de la tierra. A la vez y, por aquellos mismos días, otro dominico el beato Alano de Ruspe, unificaba las diversas formas de rezar el rosario, puso nombre a los misterios y le dio la forma actual en la que el pueblo de toda la Iglesia lo ha rezado masivamente desde entonces. La corriente carismática iniciada por Santo Domingo no tuvo ni tendrá fronteras porque en todo va a lo esencial.

